

UNA SERIE DE LECCIONES EN VIDEO

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

Ponente: Rev. Cornelis Harinck

LECCIÓN 3:
ARTÍCULO 2 – EL SEÑOR JESUCRISTO,
EL HIJO UNIGÉNITO DE DIOS



Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, excepto en citas breves para propósitos de reseña, comentario o investigación académica, sin el permiso escrito del editor, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960 TM © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Cornelis Harinck es pastor emérito de las *Gereformeerde Gemeenten* (Congregaciones Reformadas) en los Países Bajos.

www.gergeminfo.nl

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

13 LECCIONES

por el Rev. Cornelis Harinck

1. Introducción
2. Artículo 1 — Dios el Padre y la creación
3. **Artículo 2 — El Señor Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios**
4. Artículo 3 — La concepción y el nacimiento virginal del Salvador
5. Artículo 4 — El sufrimiento de Cristo
6. Artículo 5 — La resurrección de Cristo
7. Artículo 6 — La exaltación de Cristo
8. Artículo 7 — Cristo como el Juez de los vivos y de los muertos
9. Artículo 8 — Dios el Espíritu Santo
10. Artículo 9 — La iglesia universal de Cristo
11. Artículo 10 — El perdón de los pecados
12. Artículo 11 — La resurrección del cuerpo
13. Artículo 12 — La vida eterna

3 LECCIÓN

ARTÍCULO 2: EL SEÑOR JESUCRISTO, EL HIJO UNIGÉNITO DE DIOS

El Credo de los Apóstoles ha unido a cristianos de diferentes épocas, lugares y tradiciones. Proclama verdades eternas para la vida de hoy. Escrito aproximadamente 300 años después del nacimiento de Cristo, el Credo de los Apóstoles resume las creencias cristianas fundamentales. Ha sido utilizado como una declaración de fe y en la adoración por muchas denominaciones. El hecho de que tantos en la iglesia primitiva murieran por su fe significa que estaban involucrados en algo más grande que ellos mismos. ¿Cuáles eran esas verdades? ¿Cómo usaron los pastores y teólogos de la iglesia primitiva el Credo de los Apóstoles como guía esencial para los principios básicos de la vida cristiana? El reverendo Cornelis Harinck presenta ese credo. Nos muestra las verdades incrustadas en el Credo de los Apóstoles que solemos dar por sentadas, cuando en realidad deberían ganarse nuestra lealtad hasta la muerte.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 3:

Estimado oyente, el segundo artículo del Credo de los Apóstoles habla acerca de Jesucristo. Leemos en este artículo: «y en Jesucristo, su Hijo unigénito, nuestro Señor». Con estas palabras el cristiano confiesa no solo que Jesús es el Hijo de Dios, sino también que Jesús es su Señor.

En Mateo 22 se habla de un grupo de fariseos que se acercó a Jesús con una pregunta, diciendo: «Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?» Querían saber cuál de los diez mandamientos era el más importante. Puesto que los fariseos y los escribas estaban ocupados con tales preguntas, enfrentaron a Jesús y exigieron que designara uno de los diez mandamientos como el más importante. La respuesta de Jesús a su pregunta fue: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas» (Mateo 22:37–40). ¡Qué respuesta tan extraordinaria! Expresa gran sabiduría y un conocimiento excepcional de la Escritura. Jesús no dijo: el primer mandamiento o el décimo mandamiento es el más importante. Señaló al mismo corazón de la ley, a saber, el amor a Dios y al prójimo. El amor es el cumplimiento de la ley. Esto lo podían saber, porque Moisés ya había enseñado que la ley manda amar a Dios, diciendo: «Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas» (Deuteronomio 6:5).

Después de eso, Jesús los confrontó haciendo también una pregunta a los fariseos. Les preguntó: «¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?» Ellos respondieron: «De David» (Mateo 22:42). La respuesta a esta pregunta era bien conocida. Todo judío sabía que el Mesías sería descendiente de David. Entonces Jesús los confrontó con un dilema, diciendo: «¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies?» Estas palabras se hallan en el Salmo 110. Allí David habla del Mesías como su hijo y como su Señor. A la luz de la referencia de David al Mesías, Jesús preguntó entonces a los fariseos: «Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo?» (Mateo 22:43–45). No supieron cómo responder a esta pregunta. Tampoco nosotros podemos comprender cómo el Mesías puede ser simultáneamente el hijo de David y el Dios y Señor de David. Solo hay una respuesta satisfactoria: el Mesías es ambas cosas. Es descendiente de David en cuanto a su naturaleza humana, y es el Hijo de Dios en cuanto a su naturaleza divina. Jesús es Dios y hombre.

La iglesia primitiva, atacada por herejías que negaban que Jesús era el Hijo eterno del Dios eterno, confesó acerca de Jesús, en el Credo Niceno, en el año 325 d. C.: «[Creemos] en un solo Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, engendrado del Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no creado; de una misma sustancia con el Padre, por quien todas las cosas fueron hechas». Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre. Jesús, en su naturaleza humana, es carne y sangre de la virgen María. Como es cierto para todos los hombres, nació de mujer y creció de la niñez a la adultez. Jesús experimentó hambre y sed, tristeza y gozo, fatiga y dolor, tentación, sufrimiento y muerte. Jesús fue verdaderamente hombre. La Biblia nos dice que fue hecho semejante a nosotros en todo: «Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos» (Hebreos 2:17). Solo hubo una cosa en la que difirió de nosotros: no conoció pecado. Hebreos 4:15 dice que fue «tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado». Jesús podía desafiar a sus enemigos diciendo: «¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?» (Juan 8:46). ¡Con cuánta alegría se habrían regocijado si hubieran podido acusarlo de ladrón, fornicario o mentiroso! Sin embargo, no pudieron acusarlo de un solo pecado.

Jesús es una persona histórica, un hombre de carne y hueso. En cuanto a este Jesús histórico, un hombre de carne y hueso, que vivió en el primer siglo de nuestro calendario, la iglesia cristiana primitiva confiesa en el Credo de los Apóstoles que Él es «el Hijo unigénito de Dios». El niño Jesús, que creció en Nazaret; el hombre Jesús, que predicó el evangelio del reino de Dios, que anduvo haciendo el bien, sanó a los enfermos, resucitó a los muertos y murió en la cruz del Calvario, es el Hijo de Dios. Es Dios y hombre unidos en una sola persona: Emanuel, Dios con nosotros (Mateo 1:23). ¿Por qué cree esto el cristiano? Lo creemos, no porque podamos comprenderlo, sino porque la Biblia lo enseña.

El Antiguo Testamento contiene profecías respecto a la divinidad del Mesías. En la bien conocida profecía de Miqueas, se hace referencia al Mesías como aquel cuyo ser es desde la eternidad: «...cuyas salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad» (Miqueas 5:2). La profecía de Isaías habla del Mesías como aquel cuyo nombre es: «Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz» (Isaías 9:6). Estos nombres solo son aplicables a Dios.

El Nuevo Testamento aporta abundante prueba de la divinidad de Jesús. Dios el Padre habló desde el cielo después de que Jesús fue bautizado por Juan el Bautista, diciendo: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mateo 3:17). El apóstol Juan testifica de Jesús,

diciendo: «Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad» (Juan 1:14). Pablo lo declara «que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos; Jesucristo nuestro Señor» (Romanos 1:4).

Jesús mismo con frecuencia testificó públicamente que Él era el Hijo de Dios. Cuando estuvo ante el Sanedrín, el sumo sacerdote puso a Jesús bajo juramento y le dijo: «Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres el Cristo, el Hijo de Dios». ¿Y cuál fue la respuesta de Jesús? Respondió: «Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo». Cuando el sumo sacerdote oyó esta respuesta, rasgó sus vestiduras de sumo sacerdote en completa consternación, y dijo: «¡Ha blasfemado! ¿Qué más necesidad tenemos de testigos?» (Mateo 26:63–65). Entendió claramente que Jesús afirmaba ser el bendito Hijo del Hombre, el Mesías y el Hijo eterno de Dios, de quien habló Daniel: «Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre...» (Daniel 7:13). Después de que Jesús pronunció estas palabras, fue condenado a muerte por el Sanedrín, porque afirmó ser el Hijo de Dios.

Finalmente, los muchos milagros y obras que realizó testifican de la divinidad de Jesús. Hizo obras que solo Dios puede realizar. Habiendo calmado el viento y el mar con sus palabras omnipotentes, los discípulos dijeron asombrados: «¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?» (Marcos 4:41). Estaban profundamente convencidos de la divinidad de Jesús y, por tanto, confesaron: «Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Juan 6:69). Los apóstoles tuvieron en su ministerio muchas luchas, dudas y temores. Con frecuencia tuvieron que decir con Pablo: «...de fuera, conflictos; de dentro, temores» (2 Corintios 7:5). Pero nunca dudaron de que Jesús fuera divino. Sabían que Él era el Hijo de Dios.

Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre. La iglesia primitiva lo articuló diciendo: «Vere Deus, vere homo». La Biblia se refiere repetidamente a Jesús como el Hijo unigénito de Dios. El amor de Dios por un mundo perdido se manifestó al dar a su Hijo unigénito para ser el Redentor y Salvador de los perdidos. En Juan 3:16 oímos a Jesús decir a Nicodemo: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». Por lo tanto, el Credo de los Apóstoles confiesa que Jesucristo es el Hijo unigénito de Dios.

A Jesús se le llama el Hijo unigénito de Dios, si bien también se dice que los creyentes son hijos —hijos e hijas— de Dios. Sin embargo, hay una diferencia profunda entre la filiación de Jesús y la de los creyentes. Los creyentes, por causa de Cristo, han venido a ser hijos de Dios por adopción. No obstante, Jesús es el Hijo natural de Dios. Él es de la misma esencia que Dios, siendo el Hijo unigénito de Dios. En este sentido, Dios tiene un solo Hijo. Por lo tanto, a Jesús siempre se le denomina el Hijo unigénito de Dios.

Así, Jesús es el Hijo único de Dios y tiene una relación única con Dios el Padre. A los judíos les declaró: «Yo y el Padre uno somos» (Juan 10:30), declarándose así igual al Padre. Jesús habló de Dios como su Padre en un sentido muy singular. Lo llamó «abba», el nombre con el que los niños pequeños, en arameo, llamaban a su padre. Podemos decir que Jesús llamaba a Dios su propio «papá». Los fariseos, escribas y ancianos de Israel entendieron muy bien lo que Jesús estaba diciendo. Leemos en Juan 5:18: «Por esto los judíos aún más procuraban matarle, porque no solo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre,

haciéndose igual a Dios». Jesús se refería a Dios como su propio Padre, es decir, como su Padre personal y natural.

La Biblia usa la palabra «engendrado». Como Hijo, Jesús es engendrado de Dios; no es el Hijo creado de Dios, sino el Hijo generado de Dios, que nunca fue creado, sino eternamente engendrado del Padre. Estas son expresiones y calificaciones importantes. Los cielos y la tierra, los hombres y los ángeles, los animales y las plantas, y todas las cosas visibles e invisibles han sido creadas por Dios. El Hijo, sin embargo, ni ha sido creado ni hecho. Por lo tanto, nunca hubo un momento en el que el Hijo eterno de Dios no estuviera con el Padre y, por lo tanto, que el Hijo aún no existiera. Uno podría verse inclinado a pensar que así fue. Sin embargo, las Escrituras hablan del Hijo como engendrado del Padre en tiempo presente y, por tanto, en conexión con la existencia eterna de Dios.

El Padre está eternamente dedicado a generar o engendrar a su Hijo, sin que haya un comienzo, una progresión del tiempo o un final. Es un engendramiento eterno e interminable. Jesús mismo afirmó esto diciendo: «Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo» (Juan 5:26). Así, desde toda la eternidad, el Padre comunica su naturaleza idéntica a su Hijo. Jesús declara que Él y su Padre son uno, en el verdadero sentido de las palabras. Son uno en cuanto a su Deidad, eternidad, poder y gloria. El Hijo es verdaderamente Dios junto con el Padre y el Espíritu Santo. Por lo tanto, creemos, basados en la Biblia, que Jesús es el Hijo unigénito de Dios.

Esto no significa que podamos comprender esta generación eterna del Hijo por el Padre. Solo significa que creemos lo que la Biblia enseña, a saber, que Jesús es el único Hijo natural del Padre. Dios tiene muchos hijos adoptivos, pero solo tiene un Hijo engendrado: Jesucristo, nuestro Señor. Aunque no podamos comprender la generación eterna del Hijo por el Padre, no obstante, la confesión de que Jesús es el Hijo unigénito de Dios es de suma importancia. La salvación está en juego aquí. Porque si Cristo no es verdaderamente Dios, no somos salvos, pues solo un Salvador que es verdaderamente Dios puede salvarnos.

Durante el período apostólico ya hubo herejes que negaban la divinidad de Cristo. Intentaron llegar a una explicación racional de por qué la Biblia se refiere a Jesús como el Hijo unigénito de Dios. No podían explicar con sus filosofías por qué Jesús es Dios y hombre, y por eso no querían aceptar que Jesús es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre. Esto ya lo observamos en las epístolas del apóstol Juan. Todos los que niegan, ya sea que Jesús es el Hijo de Dios, o que Jesús el Hijo de Dios se hizo hombre, son designados por Juan como el anticristo. Él escribe en 1 Juan 4:3: «y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo».

Un tal Arrio, nacido alrededor del año 250 d. C., fue un hereje notorio en la historia temprana del cristianismo, quien concluyó que Jesús era la más importante de todas las criaturas, pero no el Hijo eterno del Dios eterno. Esto causó mucha agitación y contienda en la iglesia cristiana. Otros enseñaron que el nombre «Hijo de Dios» debe verse como un título honorífico, en lugar de tomarse literalmente. El islam cree que Jesús fue, en efecto, un profeta, pero rechaza la noción de que Él sea el Hijo de Dios. Creen que Alá está solo y sin ninguna persona coigual con Él, y que no tiene hijo. Aunque los Testigos de Jehová designan a Jesús como el ejemplo supremo y el testigo superior de Jehová, no lo reconocen como Dios, sino meramente como

quien proclama el mensaje de Dios. Sin embargo, en el bautismo de Jesús, Dios declaró audiblemente desde el cielo: «Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia» (Lucas 3:22).

También los teólogos modernos niegan que Jesús sea el Hijo de Dios. Lo consideran el más grande de los judíos, un hombre noble, un humanista o un modelo de amor al prójimo, pero no el Hijo de Dios. Hay también bastantes facciones religiosas que niegan el testimonio bíblico de que Jesús es el Hijo unigénito de Dios.

¿Qué está realmente en juego aquí? ¿Por qué es tan significativa la confesión de que Jesús es el Hijo unigénito de Dios? La respuesta es que, si Jesús no es verdaderamente Dios, entonces no hay Emanuel, Dios con nosotros (Mateo 1:23). Entonces no ocurrió la encarnación del Hijo de Dios, y Jesús no sería más que un mero hombre, aunque pudiera ser un hombre extraordinario. Pero si Jesús no es verdaderamente Dios, no es «Dios... manifestado en carne», como afirma Pablo en 1 Timoteo 3:16, entonces tampoco sería verdad lo que Pablo escribe en 2 Corintios 5:19: «que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo». Entonces no estaríamos reconciliados con Dios en absoluto, ni redimidos por Dios. Si Jesús no fuera verdaderamente Dios, la resurrección no sería más que la resurrección de un mero hombre, en lugar de la resurrección del Redentor divino, Jesucristo, «el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación» (Romanos 4:25).

En resumen, si Jesús no fuera el Hijo de Dios que sufrió y murió en nuestro lugar, resucitó de entre los muertos y ahora está sentado a la diestra de Dios, nuestra esperanza sería un engaño. Entonces habríamos confiado en un mero hombre para nuestra salvación. Nuestra adoración a Jesús sería abierta idolatría, porque estaríamos rindiendo culto divino a un mero hombre. ¡Pero gracias sean dadas a Dios! Dios mismo, en su Hijo Jesucristo, ha venido a este mundo para rescatar a los pecadores de la destrucción eterna. Jesús vino del Padre. Él es el Hijo unigénito de Dios. ¿Por qué más la Biblia se referiría a Dios como Padre, si no tiene Hijo? Nuestro Salvador es el Hijo unigénito de Dios.

El cristiano confiesa también que cree en Jesucristo, nuestro Señor. En esta confesión encontramos los tres nombres preeminentes de nuestro Redentor: Jesús, Cristo y Señor. El nombre personal del Redentor es Jesús, esto es, «Salvador». El ángel Gabriel dijo a María: «Y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS» (Lucas 1:31). El nombre Jesús significa: «¡Jehová salva!» El nombre Jesús revela quién es Jesús, a saber, el Salvador, que vino al mundo «a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 19:10).

Jesús también es llamado el Cristo, esto es, «el Ungido». El equivalente hebreo es «Mesías». Andrés dijo a su hermano Simón: «Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo)» (Juan 1:41). Cuando confesamos que Jesús es el Cristo, le atribuimos todo lo que el Antiguo Testamento anunciaba del Mesías de Dios. Los apóstoles, en su predicación, probaban continuamente con el Antiguo Testamento que Jesús es el Cristo, el Mesías prometido. Hechos 17 nos dice cuál era la costumbre que el apóstol seguía en la predicación en la sinagoga judía: «Y Pablo, como acostumbraba, fue a ellos, y por tres días de reposo disputó con ellos, declarando y exponiendo por medio de las Escrituras, que era necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos; y que Jesús, a quien yo os anuncio, es el Cristo» (Hechos 17:2–3). Jesús es el Cristo, significa que Él es el Ungido.

Durante el Antiguo Testamento, los profetas, sacerdotes y reyes eran ungidos con aceite santo. Esto significaba que Dios los había llamado a su oficio e implicaba la promesa de que Dios los capacitaría para su labor. Jesús ha sido ungido por Dios para ser Profeta, Sacerdote y

Rey. Para ello fue ungido con el Espíritu Santo. Mateo nos dice lo que Juan el Bautista vio después de que Jesús fue bautizado por él: «y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre Él» (Mateo 3:16). Se había profetizado que el Mesías sería ungido con el Espíritu Santo. En Isaías 61, el Mesías dice: «El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos; a vendar a los quebrantados de corazón; a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová» (Isaías 61:1–2). Cuando Jesús leyó este pasaje de Isaías en la sinagoga de Nazaret, dijo: «Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros» (Lucas 4:21). Con ello Jesús se designó a sí mismo como el Mesías prometido.

Jesús fue dotado y capacitado por el Espíritu Santo para predicar y hacer milagros. Pero no en la misma medida que, por ejemplo, el profeta Elías. Jesús tuvo al Espíritu sin medida. Juan 3:34 dice: «porque Dios no da el Espíritu por medida». En casa de Cornelio, el centurión, Pedro declaró que «Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret» (Hechos 10:38). Jesús es el Ungido de Dios, el Mesías, y en Él se cumple: «Y reposará sobre Él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová» (Isaías 11:2).

Jesús también es llamado Señor, es decir, «poseedor, dueño o amo». Este título se usaba en tiempos bíblicos para un dueño de esclavos. Es sinónimo de la palabra «amo» y, por tanto, un título que expresa posesión y autoridad. Dios se llama a sí mismo el Señor y Poseedor de Israel. Cuando Moisés exigió a Faraón que dejara ir a Israel, dijo a Faraón: «Jehová Dios de Israel dice así: Deja ir a mi pueblo» (Éxodo 5:1). Dios se refirió a sí mismo como el Señor de Israel y expresó su derecho exclusivo sobre el pueblo de Israel.

Ya en su nacimiento, los ángeles anunciaron que Jesús es el Cristo y Señor. Los ángeles dijeron a los pastores: «que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor» (Lucas 2:11). En particular después de su resurrección, a Jesús se le llama Señor. Pedro dijo, el día de Pentecostés: «Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo» (Hechos 2:36). Al resucitar a Jesús de los muertos, Dios demostró quién era Jesús, a saber, Señor y Mesías. Por tanto, Tomás confesó de Jesús: «Señor mío, y Dios mío!» (Juan 20:28). El título Señor expresa poder y dominio. El apóstol dice: «Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven» (Romanos 14:9). Jesús posee autoridad. Jesús dijo a sus discípulos: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra» (Mateo 28:18). Llegará el día en que todas las criaturas se postrarán delante de Él y lo confesarán como Señor: «para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Filipenses 2:10-11).

Más importante aún, Jesús es el Señor de su iglesia. Él ha comprado a su iglesia y la ha librado del poder del pecado y de Satanás, estableciéndola así como su posesión. Se dice de los creyentes: «sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación» (1 Pedro 1:18-19). Con su sangre rescató a su pueblo del infierno. Los elegidos son la recompensa por los trabajos de Jesús. Fue profetizado, en Isaías 53:11: «Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho». Así, Jesús llegó a ser tanto Señor como poseedor de su iglesia. Pagó el precio de su redención en el

Gólgota. No solo redimió a su pueblo con su sangre, sino que también está activamente ocupado en librarlo de los poderes del pecado y de Satanás, mediante el ministerio renovador del Espíritu Santo.

Nos creemos libres, pero en realidad somos esclavos. En la caída de Adán, todos los hombres han quedado bajo el poder y dominio de Satanás. En lugar de señores, nos hemos vuelto esclavos. Estamos esclavizados a nuestros pecados, aun más que un adicto a las drogas. Los judíos se jactaban de ser descendientes de Abraham y de no haber sido jamás esclavos. Sin embargo, Jesús respondió diciendo: «De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado» (Juan 8:34). ¡El pecado esclaviza! El pecado no solo nos hace sus esclavos, sino que también nos sujeta al cruel cautiverio del diablo. El pecado es la cadena con que el diablo nos ata. El pecado nos ha puesto bajo el cruel dominio de Satanás.

Jesús libra a los hombres de esta esclavitud. Esta es la gloria del cristianismo. Liberta a los pecadores del dominio del pecado y de Satanás. Los hace un hombre nuevo. Los hijos de Dios han sido librados del poder de las tinieblas. Han sido trasladados a otro reino. Colosenses 1:13, dice: «el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo». Por eso los cristianos llaman a Jesús su Señor. Dios ha librado a cada uno de ellos del poder del pecado y de Satanás regenerándolos y renovándolos por el Espíritu Santo. A menudo Él los halla vagando lejos de Dios, cumpliendo los deseos de la carne, cegados por Satanás y sin Dios en el mundo. Pero, como escribió el apóstol: «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, ... nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)» (Efesios 2:4).

Cuando Dios convierte a los pecadores, quiebra el dominio del pecado que mora en ellos y derrama su amor en sus corazones. En consecuencia, con una tristeza piadosa, se despidrán de todos sus pecados anteriores y de sus malos caminos, y comenzarán a servir a Dios en novedad de espíritu, como se dice en Romanos 7, versículo 6. Entonces Jesús asciende al trono de nuestros corazones y nos inclinará a abrazarlo voluntariamente como Señor y Maestro. Entonces tendremos un nuevo Señor y un nuevo Maestro. Antes de ser salvos, el diablo era nuestro señor y maestro, pero ahora Jesús es nuestro Señor y Maestro.

Los hijos de Dios concuerdan de todo corazón con el pueblo de Israel cuando, después de haber sido librados de Babilonia, dijeron: «Oh Jehová Dios nuestro, otros señores fuera de ti se han enseñoreado de nosotros; mas en ti solamente nos acordaremos de tu nombre» (Isaías 26:13). Jesús, el buen Pastor, los buscó cuando eran extraños, andando errantes lejos del redil de Dios. Los buscó y los halló, y los hizo sus súbditos voluntarios. Esto crea un vínculo bienaventurado entre Cristo y el alma creyente: un vínculo que nunca será roto. Un cuerpo cementado por el amor. Es una unión sagrada, un lazo de gracia soberana que nunca será desgarrado en dos. Hace a los creyentes y a Cristo un solo cuerpo.

Es digno de mención que el Credo de los Apóstoles, al confesar que Jesús es Señor, no habla del Señor, sino más bien de nuestro Señor. El cristiano cree en Jesucristo, nuestro Señor. El cristiano no solo reconoce que Jesús es un Señor, sino más bien que Él es su Señor. Esto expresa asombro y gratitud. El cristiano puede saber de sí mismo que ha recibido un nuevo Señor y un nuevo Maestro. El cristiano confiesa respecto de Jesús: «¡Él es mi Señor!»

«¿Qué pensáis del Cristo?» (Mateo 22:42). Jesús planteó esta pregunta a sus discípulos. Habiendo oído lo que los hombres pensaban de Él, preguntó muy puntualmente a sus discípulos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Mateo 16:15). La pregunta es: ¿Quién es Jesús para ti?

¿Se ha vuelto indispensable y precioso para tí? ¿Está tu corazón unido a Él? El Jesús que salva no es meramente el Jesús que confesamos con nuestros labios. El Jesús que me salva es el Jesús que mora en mi corazón por la fe. Pedro dice, respecto de los creyentes: «Para vosotros, pues, los que creéis, Él es precioso» (1 Pedro 2:7).

Solo una fe verdadera, una fe del corazón, nos une con Cristo. La fe verdadera se conoce por aceptar al Cristo en su totalidad. Acepta a Jesús no solo como su Salvador, sino también como su Señor. ¡Cuán importante es reconocer que al abrazar a Jesús como nuestro Salvador, también lo abrazamos como nuestro Señor! No puedes tener a Cristo por tu Salvador, a menos que también lo tengas como tu Señor. Debe abrazarse al Cristo completo. Un verdadero creyente no abrazará a Jesús meramente para ser librado del infierno y la condenación. También lo abrazará como Rey, para ser gobernado por Él, y lo manifestará por una nueva manera de vivir. Jesús dijo: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos». Incluso dijo que en el día de su regreso, muchos dirán: «Señor, Señor. Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad» (Mateo 7:22–23). Cuando aceptamos a Cristo como Salvador, también lo aceptamos como nuestro Señor y Rey para que reine sobre nosotros. Jesús enseñó: «Así que, por sus frutos los conoceréis» (Mateo 7:20).

Gracias por escuchar esta lección. Esperamos que haya sido de bendición para ti. Acompáñanos en nuestra próxima lección, donde trataremos el tercer artículo del Credo, en el cual confesamos: «que fue concebido del Espíritu Santo, y nació de la virgen María».